



Notas y dietarios

Josep Pla

Índice

Portada

Prólogo

Nota sobre la traducción

El cuaderno gris

1918

1919

Notas dispersas

Prefacio

Notas dispersas

Notas para Sílvia

Prefacio

La situación personal no varía mucho...

Un infarto de miocardio

Notas del crepúsculo

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Prólogo

1

En el prefacio al vigésimo sexto volumen de sus obras completas, *Notas para Sílvia*, Josep Pla expresa la esperanza de ver un día reunido en un solo volumen ese libro con *El cuaderno gris* y *Notas dispersas*. Con una sorna muy característica, asegura que sería un tomo muy voluminoso, de cuya importancia no se atrevería a responder, pero que tal vez ayudaría a sobrellevar alguna convalecencia complicada.

El presente volumen, más grueso de lo que preveía Pla, que desea a la imaginaria Sílvia a la que dirige el prefacio citado que no le caiga nunca a la cabeza «porque le haría daño», responde, con dos variaciones, a esta aspiración. La primera es que incluye un cuarto volumen de notas publicado por Pla en las postrimerías de su vida, *Notas del crepúsculo*, que guarda una estrecha semejanza con los otros tres. La segunda es que, con el fin de mantener la homogeneidad del texto, se han excluido tres partes de *Notas para Sílvia* que difieren claramente del conjunto: las poesías recogidas bajo el título *La precaria y habitual poesía*, la crónica *Madrid. El advenimiento de la República* y la guía *Grecia. Notas para principiantes escritas por un principiante*. En cambio, pese a su aparente heterogeneidad, sí se ha incluido *Un infarto de miocardio*, por entender que, a diferencia de las poesías, de la crónica y la guía citadas, no rompe la unidad del conjunto y supone un valioso complemento a las notas recogidas en los cuatro libros indicados.

Pla fue un escritor extraordinariamente prolífico. Escribir no le resultaba tan fácil como podría creerse. La precisión y la sencillez a las que aspiraba le exigían gran esfuerzo. En las notas que integran este volumen, se extiende sobre ello en más de una ocasión. Como Samuel Johnson, al que cita a menudo, estaba persuadido de que lo que se escribe sin dificultad se lee sin placer. Pero fue uno de esos raros hombres de los que hablaba Aldous Huxley; alguien que quiso algo intensamente —escribir— y, dentro de ese reducido grupo, de la ínfima minoría capaz de combinar la fuerza de voluntad con una continuidad invariable. El resultado es una obra imponente, cerca de treinta mil páginas de una calidad media indiscutible, en las que conviven dietarios, libros de viajes, biografías, retratos de personajes de la época, artículos, crónicas políticas, tres novelas y algunas narraciones y poesías. Raro es el escritor de relieve, el pintor interesante o el político notable de su tiempo que no comparezcan en un momento u otro en sus libros. Pocas son las capitales europeas y americanas que no visita. Escasos los acontecimientos de su época de los que no da cumplida noticia.

Las notas recogidas en este volumen constituyen el alcaide de esta vasta obra, su nervio secreto. En él hallamos al Pla más personal, más fiel a sí mismo. Sin las ataduras formales del artículo o del reportaje, libre para ir de un tema al otro a su antojo, sin imposiciones de ninguna índole, Pla se abandona a su curiosidad insaciable, y su pluma, conducida por una pasión voraz por la aventura humana, captura lo que ve con tal precisión que hoy, cuarenta, sesenta, ochenta años después, sigue palpitando llena de vida ante los ojos del lector.

Son notas —nos dice en el prefacio a *Notas dispersas*— escritas al azar, a veces sobre la marcha, otras veces a largos años de distancia, notas de recuerdos, de reminiscencias, de lecturas, de cosas vistas, de impresiones mantenidas en la memoria durante mucho tiempo. Las recogidas

en *El cuaderno gris*, que se presenta como dietario, están fechadas. Pero en los volúmenes posteriores Pla abandona lo que llama el *dogal* de la cronología y las imprime «sin ningún orden visible, tal como aparecieron con el paso de los días y de los años», advirtiendo al lector de que fueron escritas muchos años atrás pero sin decir cuándo, salvo en casos muy concretos en los que quiere dejar constancia de la fecha de redacción. Nietzsche prometió no leer a más autores que hubiesen escrito libros de manera intencionada; en cambio, apreciaba a aquellos cuyas ideas habían acabado formando uno impensadamente. Las notas reunidas en este volumen responden plenamente a este ideal.

En ellas vemos al estudiante de derecho que se ve obligado a permanecer en su Palafrugell natal a causa de la epidemia de gripe que asola Barcelona en el año 1921 y al anciano que, en el Mas Pla, la vieja vivienda familiar de Palafrugell, sufre un infarto y ve cómo sus fuerzas van menguando. Al aprendiz de escritor que emprende sus primeras tentativas con un lápiz y un cuaderno sentado sobre una piedra en el camino al faro de Sant Sebastià, buscando el adjetivo preciso a cada pinar, cada sembrado, cada fragmento de mar, y al maestro que juzga las obras de los autores más diversos y que nos ilustra sobre el oficio de escribir o sobre las dificultades de la adjetivación. Al autor localista, amigo de campesinos y pescadores de la comarca, y al corresponsal cosmopolita que ha recorrido Europa y América durante décadas y que es capaz de evocar con la misma precisión el Berlín de entreguerras, el Moscú en los primeros años de la revolución, la Nueva York de los cincuenta y el Buenos Aires del fin del primer período peronista. Vemos al periodista y al lector infatigable, al humorista y al gastrónomo, al retratista y al hombre de ideas, al polemista y al agudo observador de la naturaleza humana.

En su mayoría, son notas escritas de madrugada, en la cama, al hilo de sus lecturas y recuerdos. Habla de las cosas que detesta, de las que le dejan perplejo, de viejos amigos,

de las pensiones de su juventud de estudiante y de los hoteles de sus largos años de corresponsal en el extranjero. Habla de los círculos literarios e intelectuales que frecuentó en la Barcelona de los años veinte, de la tertulia del café Colón, de la peña del Ateneo, en la que trató a algunos de los escritores más notables de la época. A caballo de estas lecturas y recuerdos, desfilan por sus páginas todos los grandes de la literatura catalana desde la Renaixença: los naturalistas Joaquim Ruyra y Narcís Oller, los modernistas Rusiñol y Maragall, los *noucentistes* Eugeni d'Ors y Josep Carner, los compañeros de generación, Josep María de Sagarra, Francesc Pujols —con quienes comparte peña en el Ateneo—, y Salvador Espriu. Pla desliza comentarios sobre su estilo, nos permite asistir a sus conversaciones, verlos como los veía él, saber cómo eran, qué concepción tenían del oficio de escribir. También comparecen en un momento u otro Miguel de Unamuno, Pío Baroja, que solía asistir a la peña del Ateneo cuando estaba de paso en Barcelona, Azorín, Ortega y Gasset. Nos habla de la tertulia político-literaria del Fornos, en Madrid, a la que asistía durante sus estancias en la capital, de Julio Camba, de los diputados y corresponsales extranjeros que la frecuentaban, de los pintores y escultores de su época, de Casas, Joaquim Mir, Sert, Picasso, Miró, Dalí, Manolo Hugué, de arquitectos, de sus amigos de Palafrugell, del paso de las estaciones —el cambio de color de las espigas de trigo en el momento de madurar, la primera noche del año en que canta el ruiseñor—, de los vientos del Ampurdán y de la influencia del clima sobre los estados de ánimo y sobre los cambios de humor de las personas, influencia que siempre juzgó considerable.

La mezcla de recuerdos, confesiones, aforismos, impresiones inmediatas, anécdotas, pequeños retratos de personas, citas, apuntes paisajísticos, retazos de conversaciones de café, observaciones morales y comentarios literarios confiere una gran amenidad a estas notas. Todo cabe en

ellas: lo que el azar de cada día pone a su alcance y lo que el libro que lee le sugiere, lo que oye y lo que ve, lo que siente y lo que piensa. Su composición discontinua evita las transiciones, los pasajes de relleno, y su extensión variable permite a Pla dedicar a cada tema las líneas que cree que merece. Ocurre como en los cuadros cubistas. La parcelación arrítmica del texto y la acumulación de materiales heterogéneos no desdibujan en absoluto el fresco imponente que tenemos ante los ojos. Al contrario, le confieren una textura irregular, ondulante, sometida a impulsos aparentemente aleatorios, que le permiten saltar de un tema a otro —de las costumbres de los veraneantes en una pequeña cala de la Costa Brava en la segunda década del siglo pasado a la fría humedad de los pisos del Ensanche barcelonés durante el invierno, de *La divina comedia* a la calidad de los pollos de corral, de la tramontana a las formas de la avaricia— sin que la tensión decaiga y sin que se rompa el hilo que las une férreamente.

Su aparición en castellano —por primera vez en un solo volumen— es una magnífica noticia. El esfuerzo realizado con ocasión del centenario del nacimiento de Pla, hace ya más de diez años, contribuyó a paliar en parte el asombroso desconocimiento de su obra fuera de Cataluña. A pesar de ello, para muchos lectores continúa siendo actualmente una obra marginal, lo cual ha permitido a algunos plagiarle impunemente, cosa que tampoco hubiera importado a Pla en demasía. En todo caso, esta edición brinda a sus nuevos lectores la oportunidad envidiable de adentrarse por primera vez en un universo extraordinario. Las notas y dietarios recogidos en este volumen constituyen un excelente pórtico.

La concepción del mundo de todo gran escritor suele estar dominada por alguno de los temas mayores de la literatura, que no son otros que los que marcan la vida de los hombres: la libertad, el amor, el tiempo, la muerte, el destino, etc. En un ensayo que treinta años después de aparecer continúa siendo el estudio de referencia indiscutible sobre el autor ampurdanés, Josep Maria Castellet observó que la obra de Pla constituye esencialmente una vasta y recurrente reflexión sobre el paso del tiempo. La afirmación no puede ser más acertada. Toda la obra de Pla está impregnada de su visión del tiempo. Se trata de una presencia obsesiva, constante. Pero es tal vez en estas notas, con sus idas y venidas de la reflexión al recuerdo, de un tiempo histórico a otro, de una capital a otra, donde más lo advertimos. «El tiempo —escribe Pla— lo destruye todo y nos destruye. Las horas vuelan [...] *El tiempo es un ladrón*, escribió en un momento de excepcional indignación aquel hombre tan resignado y tranquilo conocido por La Fontaine. Es un ladrón que produce una angustia lacerante, porque, invisible, está dotado de una impunidad completa. Vive instalado en nuestra vida misma, en nuestra propia casa [...] y el parásito es más grande que su víctima.»

Sin embargo, este protagonismo del paso del tiempo no da a la prosa de Pla un carácter nostálgico ni de añoranza del pasado. Pla defiende de forma enérgica la necesidad de vivir en el presente. No cree en un futuro mejor, pero tampoco cae en el «cualquier tiempo pasado fue mejor». Huye tanto de una cosa como de la otra. Frente a la concepción nietzscheana del tiempo basada en la idea del eterno retorno, Pla tiene una concepción del tiempo basada en la repetición de los días y de las estaciones, del ciclo de la naturaleza, en la que nunca cambia nada. Los signos del paso del tiempo, en sus manos, muestran casi siempre una forma de circularidad, una reiteración de hechos, de olores, de sensaciones. Pla capta el momento fugaz que se habrá de repetir necesariamente, busca la permanencia, el

eterno humano. Ello da a su prosa una gran profundidad. No se trata de un recurso estético; responde a la creencia profunda en la insignificancia y la irrisoriedad de la aventura humana en relación con la ineluctabilidad de la renovación indefinida del ciclo vital.

Lógicamente, en una obra como la suya atravesada por el paso del tiempo de una forma obsesiva y compleja, la memoria del autor tiene un papel central. Al igual que Montaigne, en el prefacio «Al lector» que encabeza los *Ensayos*, dice que él mismo es la materia de su libro, Josep Pla advierte en más de una ocasión que su obra completa no es más que una larga autobiografía. Esta afirmación es particularmente cierta en relación con los cuatro libros reunidos en este volumen, que componen un singular mosaico autobiográfico. Los recuerdos familiares, las vagas noticias que tiene de sus antepasados, el espléndido autorretrato que nos ofrece en *El cuaderno gris*, la evocación de la vida universitaria y de los círculos literarios de la segunda y tercera décadas del siglo pasado en Barcelona, de sus comienzos como periodista, la descripción detallada de su horario y ritmo de vida en el Mas Pla, de sus caminatas y comidas, de sus encuentros con su editor y con otros escritores, constituyen el hilo conductor de unas memorias en las que, con todo, Pla nunca nos abre la puerta a su intimidad, en la que nos confiesa preferencias y flaquezas, hábitos y querencias, pero, pudoroso, nunca se desnuda ante el lector.

Son además unas memorias en las que, como ha señalado con acierto Xavier Pla —autor de un notable estudio sobre las técnicas literarias del escritor ampurdanés, con el que no tiene ningún parentesco que yo sepa—, Josep Pla se desliza a menudo de la autobiografía a la autoficción, y en las que la verdad y la sinceridad se subordinan muy a menudo a la verosimilitud. Pla se inventa una vida y una personalidad y se pone en escena, pero esta vida y esta personalidad no siempre coinciden exactamente con las su-

yas. Dejando de lado las fechas erróneas —Pla no es siempre de fiar en relación con los datos que maneja—, es indudable que manipula algunos episodios y que oculta cuidadosamente aspectos esenciales de su biografía.

Durante los años veinte y treinta del siglo pasado, Pla tuvo una considerable proyección pública como diputado de la Mancomunitat de Catalunya —precursora de la actual Generalitat— y como periodista de renombre. Fue elegido diputado muy joven, el año 1921, cuando contaba 24 años, en representación de la Lliga Nacionalista del Baix Empordà, enfrentándose a candidatos republicanos y de la reaccionaria Unió Monàrquica Nacional, y aunque dejó pronto de asistir a las sesiones debido a su actividad periodística retuvo su mandato hasta que el gobierno militar de Primo de Rivera disolvió la Mancomunitat en 1924. Fue un periodista muy conocido, corresponsal de *La Publicidad* (a partir de 1922, *La Publicitat*) primero, y de *La Veu de Catalunya* y *El Sol* más adelante, en París, Berlín, Lisboa, Estocolmo, Roma. Bajo la dictadura de Primo de Rivera fue detenido por un artículo crítico sobre el ejército español y conoció el exilio. Pasó en Madrid buena parte del período republicano, como corresponsal de *La Veu de Catalunya*, rotativo próximo a la Lliga en el que era una de las firmas más destacadas. El progresivo deterioro de la vida política española hasta la guerra civil puede seguirse a través de sus crónicas políticas y parlamentarias. Durante unos meses, en 1939, fue director en funciones de *La Vanguardia*.

Esta faceta de su vida, que se ha interpuesto durante largos años entre su obra y no pocos lectores, es más visible en algunos de sus libros que en otros. Es muy visible, por supuesto, en sus crónicas políticas, pero también en los reportajes de encargo y en buen número de retratos de sus contemporáneos. En cambio, es menos visible en *El cuaderno gris* y en los libros de notas reunidos aquí (sobre todo en los dos primeros), en los que aparece un Pla liberado de su *persona*, de su máscara pública, sin apenas impreg-

naciones políticas, aunque nunca es ideológicamente neutral, ni mucho menos, ni dejan de ser discutibles algunas de sus opiniones.

Tras la guerra, desengañado del nuevo régimen —la Cataluña conservadora postulada por Pla y por la Lliga se revela un sueño—, Pla se retira de la vida pública, renuncia a su papel de periodista de relieve y se refugia en Playa Fornells, un pueblo de pescadores de la Costa Brava en el que no hay «ni iglesia, ni reloj público, ni oficina administrativa, ni encarnación de la autoridad legal». De ahí se traslada a L'Escala —cuando el gobierno franquista impone el cierre obligatorio de los cafés a las once de la noche, medida de la que L'Escala está exenta, a causa de la gran cantidad de pescadores nocturnos que habitan en el pueblo— y más tarde a Cadaqués. Hasta 1952 no vuelve a viajar al extranjero por motivos periodísticos, y ya nunca vuelve a alejarse por mucho tiempo del Mas Pla, la vieja casa familiar de Llofríu, a la que se traslada en 1944. Su actitud durante estos años, sin ser un estricto exilio interior, es un escarmentado «ya os apañaréis» y una regresión a la desconfianza frente a toda forma de autoridad. Retirado de la vida social y alejado de los círculos intelectuales —en los que sin embargo influye a través de sus artículos semanales en *Destino*—, trabaja incansablemente hasta el final de sus días. Continúa leyendo en su lengua a autores franceses, ingleses, italianos, norteamericanos. Estas notas dan cumplida cuenta de dichas lecturas y de las reflexiones que provocan en Pla. La lista de autores citados —y bien citados— es asombrosa. ¿Cuántos escritores peninsulares sabían en aquellos oscuros años qué escribían y cómo pensaban Albert Camus, Jean-Paul Sartre, G. K. Chesterton, Bernard Shaw, Paul Valéry, Luigi Pirandello, Aldous Huxley, Henry-Louis Mencken? ¿Cuántos habían leído a André Gide, a Joseph Conrad, a James Joyce, a Paul Verlaine, a Eça de Queirós, a Heine, a Chamfort, a Chéjov? ¿Cuántos estaban al corriente de lo que se escribía en *Le Monde*, *Il Corriere*

della Sera, *Les Temps Modernes*, el *New Yorker*? Su amplia experiencia en las principales capitales europeas y la vastedad de sus lecturas confiere un sabor y una profundidad únicos a las anécdotas que refiere, a sus observaciones sobre la naturaleza humana y a sus descripciones de los pequeños cambios que experimenta la naturaleza y la vida rural. La comparación con Montaigne, que redactó los *Ensayos* retirado en su castillo —no demasiado lejos del Mas Pla, como nuestro autor recuerda en alguna ocasión— tras años de ejercicio de altas responsabilidades públicas en Burdeos, es casi inevitable.

Curiosamente, Pla habla poco de la guerra civil, y nunca nos cuenta su experiencia de la misma. Sabemos por otras fuentes que estuvo en Italia, protegido por Francesc Cambó, donde participaba en una tertulia en el Café Greco con otros catalanes exiliados y donde colaboró esporádicamente en *Il Corriere della Sera*. Más tarde, estuvo en Francia con la intención de pasar a la zona franquista, y es sabido que tuvo contactos, en un momento u otro, con los servicios de información dirigidos por Bertran i Musitu. Finalmente, en otoño de 1938 entró en España y pasó algún tiempo en San Sebastián, donde escribió algunos artículos para la prensa local. Las referencias a la guerra en sus escritos son casi siempre para subrayar la barbarie, la caída en la animalidad más cruel, la vileza de sus participantes, sin muchas distinciones de bandos. «Las convulsiones políticas no traen nada bueno. Ya se sabe. Las reacciones, si son dirigidas por ineptos, son como las revoluciones.»

3

Como se ha señalado al principio de este prólogo, fue el propio Josep Pla quien, en el prefacio de *Notas para Sílvia*, señaló la afinidad de los tres primeros libros reunidos en este volumen. Igualmente, en el prefacio de *Notas dispersas*

Pla subraya la estrecha relación que guardan las notas incluidas en el libro con *El cuaderno gris*. Explica que son su complemento, pero con un marco temporal más amplio y sin incluir ningún tipo de cronología. Sin embargo, no faltan diferencias entre los cuatro libros.

El cuaderno gris —su obra más importante— es un libro de notas y memorias presentado como un dietario del autor de los años 1918 y 1919. Comienza el día en que Pla cumple veintidós años y acaba cuando, tras concluir los estudios de derecho y comenzar a trabajar como periodista, es enviado a París como corresponsal de *La Publicidad*. Como ha señalado Xavier Pla, es indudablemente un *relato*, en el que Pla, sin preocuparse demasiado de la verificación de los hechos, manipula fechas y añade invenciones al servicio de la verosimilitud del texto. Incluye escritos ya publicados previamente a lo largo de su vida en libros, diarios o revistas, y otros inéditos hasta su aparición en 1966. Se trata por tanto de un falso dietario de juventud reescrito por un escritor adulto, de un diario elaborado *a posteriori*. De ahí proviene en parte su asombrosa mezcla de frescura y madurez. Muchas entradas fueron sometidas a revisión, veinte o treinta años después de ser redactadas, por un escritor en plena posesión de sus más altas facultades expresivas, un escritor de vuelta tanto del localismo como del cosmopolitismo, que proyecta sobre sus experiencias juveniles los conocimientos adquiridos durante décadas.

Notas dispersas reúne textos escritos a lo largo de un período que va probablemente de 1919 a 1960. En algunos casos aislados, Pla nos informa de la fecha o del año de su redacción, pero en la mayoría no. También aquí cabe suponer que fueron revisadas antes de la aparición del libro. Entre materiales muy heterogéneos, incluye, sin aviso al lector ni separación de las precedentes o posteriores, unas interesantes páginas sobre su concepción del amor. También incluye retratos de los grandes periodistas de la época de entreguerras, de los corresponsales de los grandes periódicos

que conoció en París, en Berlín, en Roma, una nota relativamente larga sobre la hiperinflación alemana de los años veinte —la caída vertiginosa del marco hasta cotizarse a cuatro billones doscientos mil millones de marcos por dólar le generó una obsesión por la estabilidad de la moneda que nunca le abandonó—, y otra sobre la marcha a Roma de los fascistas adeptos a Mussolini.

Las *Notas para Sílvia* datan probablemente de los años cincuenta y sesenta, y no presentan apenas diferencias con las incluidas en *Notas dispersas*, de las que son claramente una continuación. También aquí descubrimos una gran mezcla de materiales y también aquí, en las últimas páginas, encontramos un grupo de notas dedicadas de forma monográfica a las relaciones entre los sexos. *Un infarto de miocardio* —incluido por Pla en *Notas para Sílvia*— es un texto autobiográfico que hubiera podido encajar como una nota extensa en cualquiera de estos dos libros. En él Pla describe, con extraordinaria precisión, un infarto que padeció el 17 de agosto de 1972, a los setenta y cinco años.

Las *Notas del crepúsculo* datan en su mayoría del año 1976, aunque algunas son anteriores. Este último volumen se acerca más al dietario por el tipo de notas incluidas, que en muchas ocasiones se refieren a hechos ocurridos en el día en que las redacta, mencionado por Pla en unos casos y en muchos otros no. Aquí vemos a un Pla entrado en años —setenta y nueve—, embebido en sus recuerdos, disconforme cuando habla del presente, cascarrabias a ratos, con opiniones provocativas —y, a veces, abiertamente reaccionarias— sobre la transición que se inicia tras la muerte del general Franco, muy alejado de las preocupaciones más comunes del momento pero siempre ameno e interesante y con notas memorables, como la que dedica a una visita a una discoteca de Platja d'Aro conducido por dos parejas jóvenes de admiradores.